

editorial

Lugar privilegiado de la superestructura, las creencias religiosas han dado sentido a la vida, a las relaciones de las personas entre sí y con la naturaleza; han legitimado los diferentes órdenes sociales establecidos a la vez que han permitido su cuestionamiento. En tiempos borrascosos como el que nos ha tocado vivir, incluso las religiones se ven sometidas a la crítica.

En la civilización occidental aquel papel ha sido desempeñado por el cristianismo. El ideal del amor entre los seres humanos sin distinción de clase, sexo, edad, raza, nacionalidad, etcétera, esto es, la solidaridad, la justicia, la fraternidad, la libertad, la paz, valores consustanciales a esta civilización, tienen su origen en el mensaje evangélico. Pero también el cristianismo ha servido para legitimar las arbitrariedades, las injusticias, las guerras de conquista, la opresión ejercida por los poderosos y la explotación a los oprimidos.

Una de las discriminaciones de más larga tradición y abundantes justificaciones es la que pesa sobre las mujeres. No obstante que constituyen la base de fieles numéricamente más importante, que transmiten las ideas y valores cristianos a los niños y las niñas, y los introducen en el culto, las mujeres sólo han accedido a lugares secundarios dentro de las iglesias.

Más grave aún son las teologías oficiales de las iglesias que han fundado doctrinas que justifican la opresión y una moral que se ha encargado históricamente de perpetuarla. Con fundamentos sagrados, el sexismo se encuentra en las raíces mismas de nuestra civilización y alimenta nuestras prácticas cotidianas hasta el punto de que creyentes y ateos las vivimos como "naturales".

En América latina esta herencia nos ha sido transmitida por la Iglesia católica, institución centralizada, jerárquica y antidemocrática por excelencia. Comprometida la mayor parte de las veces por el poder establecido, ha perpetuado la explotación, y la moral que ha propagado está orientada a la represión y negación del cuerpo humano y en particular de la sexualidad femenina.

El nuevo feminismo, que todo lo cuestiona, y la crítica interna de algunos grupos de fieles han puesto de relieve la responsabilidad del cristianismo en el ordenamiento patriarcal de nuestras sociedades y en su reproducción.

También en América latina una tendencia cada vez más sostenida desmitifica ese orden sacralizado, trata de identificar las coordenadas históricas en que surgió, las contradicciones de los principios cristianos con la realidad social y política, y busca proyectos alternativos. Las reflexiones y acciones que surgen, comprometidas con los intereses de los oprimidos, demuestran que el feminismo no es extraño, ni ajeno ni se opone al mensaje evangélico. Lejos de ello, ambos se encuentran ligados.

Esta nueva perspectiva teológica aporta elementos de ruptura fundamentales para la construcción de sociedades justas y libres.

Fem.

denuncia la manipulación de lo religioso por los sectores más retrógrados de las sociedades latinoamericanas para el mantenimiento del orden vigente, explotador y sexista.

Fem.

denuncia el uso de lo sagrado por los grupos más retrógrados de las iglesias cristianas para mantener a las mujeres en la opresión y el sojuzgamiento.

Fem.

reconoce los esfuerzos que se realizan en los distintos sectores de las iglesias cristianas para la formulación de teologías no patriarcales.

Fem.

apoya los avances de las cristianas y cristianos para la construcción de una nueva moral social y no individualista que, entre otras cosas, reivindique la sexualidad humana en forma plena y destierre la idea del cuerpo de la mujer como símbolo del pecado.

Fem.

se solidariza con los grupos de cristianos y cristianas que, comprometidos con los sectores oprimidos y explotados de nuestras sociedades latinoamericanas, luchan por la justicia.